

día luna de argéteos reflejos, despréndense por siempre de las fatalidades reinantes sobre nuestro bajo suelo; ángeles, representantes de una nueva eflorescencia de la vida, en que la niñez recobra sus antiguos paradisiacos bienes, la sigue y acompaña; crúzanse las manos como agitadas por los sacudimientos del amor místico; y allá, en la mirada sobrenatural de sus ojos estáticos, alzados á las alturas, vese resplandecer en una revelación increíble y misteriosa el espíritu de Dios. ¡Bendito dogma, que ha dado al mundo la Concepción de Murillo!

VI

La Natividad santísima de María. ¡Cuál fiesta en las playas mediterráneas! Eclipsaba en mucho la Navidad: que así llamamos, elidiendo una sílaba del centro, á la Natividad santísima de Cristo. Cada pueblo vive allí bajo una tradicional advocación de la Virgen. Diríase que tan grandes y superiores entidades necesitan tener también su madre, y que para perpetuarla por siglos de siglos sobre las generaciones cambiantes, colócanla en el cielo. Tronará cuanto quiera el frío escepticismo contra los exvotos y las promesas. Pero yo declaro no

haber podido entrar nunca dentro de una ermita, levantada en las costas á la Estrella del Mar, sin profundamente conmoverme, y traer á la imaginación cómo esta fe viva y espiritual del alma contrae una intensidad tan milagrosa en los horrores y peligros del naufragio, que cree vencer las fatalidades materiales con sus plegarias y con sus invocaciones, cuando se muestran más implacables y rugen más fragorosas. Allá, en Galicia, contrasta mucho la placidez de rías, y montañas, y radas, y puertos, con el embravecimiento y tumulto de las oceánicas aguas. Y es de ver sobre la falda inferior del monte, con todo esmero cultivada, en guisa de jardincillos, los bancales llenos de maíz circuidos por castañares cargados de pinchantes zurroneos y robledales cargados de bellotas, mientras por las cumbres encinas y pinares de matices cuyas contradicciones forman pintorescas armonías; y en la más alta cima ó cúspide, allí donde falta casi espacio, como riéndose de la gravedad y volando por las alturas, cual un tabernáculo aéreo rodeado muchas veces de nieblas multicolores, la ermitilla, desde cuya puerta el mar se descubre á lo lejos, la ermitilla con su Virgen dentro, faro místico, donde ponen sus ojos al partirse y al tornarse los forzudos marineros y los añorados nostálgicos emigrantes, entre opuestos afectos, de los que avivan los

movimientos del corazón y centuplican las potencias del alma. Imaginaos cuando cae de súbito inmenso nubarrón, que parece pesado cual el plomo y oscuro cual si fuera de ceniza; cuando vibran cuerdas y lonas despidiendo gemidos sobrenaturales y tiemblan palos y tablas entre formidables sacudimientos que van á destrozarlos; cuando bajo la quilla casi deshecha hierva la tormenta y sobre las velas empapadas culebrea y truena el rayo; cuando las olas del mar, batidas por el huracán, parecen trasladarse á la región de los vientos y deshacerse por completo en espesísimos diluvios; cuando el huracán levanta con sus resuellos en espirales de trombas aquellas líquidas montañas de base negra y bituminosa, de cumbre relampagueante y eléctrica; cuando mugen como manadas de innumerables toros bravos heridos, así las profundidades insondables del mar encrespado, como las profundidades insondables del cielo tenebroso; y entre tantos horrores como centellean en torno vuestro, caéis desde nuestra nave rota en pedazos al abismo, con qué fervor invocaréis á la Virgen Madre, cuya piedad milagrosa tan sólo puede amansar aquellos odios y cuya sonrisa dulce serenar aquella tempestad.

Muchos fantaseadores de la historia imputan lo extendido del culto á María entre los gallegos al carácter puramente céltico de la raza galaica. Y así

como en las romerías ven una especie de festividad, semejante á la que celebraban los antiguos celtas en los bosques, descritos por Lucano, ven, á su vez, en la devoción á la Virgen Madre, algo del fervor con que oían cual oráculos y adoraban cual representantes de la divinidad sobre nuestro suelo, á las inspiradas sacerdotisas de Irminal. Pero en las tierras orientales de nuestra península, tan helénicas, acontece lo mismo, exactamente lo mismo, que allá en las tierras occidentales, tan de suyo celtas. Al recorrer los caminos bordados á un lado y otro de pitas y nopales; por las campiñas donde los verdaderos setos de granados contrastan fuertemente con los verdinegros olivares erguidos en roja tierra; entre los torrentes secos, hermo-seados por floridas adelfas; tras las coronas de palmas, y sobre los jardines cubiertas de naranjos; veis destacarse una rotonda compuesta con tejas de brillos metálicos, parecidos á esmaltes, los cuales forman como un astro diurno en aquel cielo azul y entre aquellos mares de luz resplandeciente é indican el santuario y coronan la capilla de la sacra Virgen Madre. Yo me acuerdo siempre de la fiesta consagrada por nuestro alicantino pueblo de Elda en los tiempos de mi niñez á este misterio religioso de la Natividad de María. Era el 8 de Septiembre. La vida está entonces en su completa ma-

durez. La panoja del maíz amarillea; la dulce almendra cae, cubierta de gomas, desde los aterciopelados zurroneos, al seco terrón donde brilla con toques de ámbar oscuro; engordan las aceitunas y verdean entre las hojas de leñoso aspecto; el racimo se carga del jugo azucarado, que dará, en el apercebido lagar, mosto bien oliente y embriagador; las colmenas rebosan de mieles y de semillas los hormigueros; cantan una especie de tristísima elegía las aves de paso casi al par que los vendimiadores llegan; tocan en su colmo y en su punto, por el suelo tendidos, los melones y las sandías, mientras las granadas se abren mostrando sus pepitas de ópalo, y los higos negrean en los higuerales pomposos, y los dátiles se doran en las altas palmeras, indicando todo la fecundidad y abundancia representadas por todos los pueblos desde los más apartados tiempos en la santa y fecunda maternidad. No quiero hablar yo de cómo se haya transmitido desde unas á otras generaciones humanas esta coincidencia de la madurez, traída por el otoño á los campos con el culto á la divina Madre universal de todos los seres. Las Avantaras del brahmanismo, que, pariendo un Dios á la sombra del cocotero, sobre la flor de loto, quedan vírgenes; la Isis misteriosa del Nilo, envuelta en su velo, negro como la noche, bordado de luminosas estrellas, cual los horizontes del

desierto, llevando en sí la virginidad con los privilegios maternos; la Maha, de quien brotó por milagro el revelador Buda, tan venerado entre los pueblos amarillos; las jóvenes, generadoras en las tradiciones líbicas de redentores al soplo tan sólo de un Dios; los pequeñuelos nacidos como Krichna en gruta donde se reúnen los pastores del monte con los ángeles del cielo en adoración; la idolatría de las viejas liturgias célticas á la mujer que ha engendrado sin mancha y parido sin pena; esa corona de poesía, que sobre las sienes de una madre ideal han puesto lo mismo el adivino caldeo en sus oraciones dirigidas al resplandor de la luz, que allá el abisinio á su diosa negra como la tiniebla, tan brillante como el mármol oscuro, anticipan la inacabable letanía que todos consagramos á la Virgen, cuando, al olor de las flores y al concierto de las aves, con las mieles de los dulces frutos en los labios, entonamos aquellas palabras, en las cuales se le llama lirio del valle, regocijo de los ángeles, consuelo de los afligidos, salud de los enfermos, causa de todas nuestras alegrías, amor de todos nuestros amores, mística rosa, sin que hayan podido agotarse las loas y alabanzas que la mujer merece como amante, como esposa, como madre.

Pero volvamos á la Natividad. Yo recuerdo cuanto sucedía en tales festejos, como si estuviese ahora

mismo presenciándolos. Todos los niños de la escuela contábamos con los dedos de las manos, desde los comienzos del estío, los días que faltaban al advenimiento de tan sublime día. Conforme se acercaba, nos íbamos poniendo enfermos de impaciencia. Íbamos á ver en nuestras calles la Virgen, todo el año reclusa en su áureo camarín, y alguna que otra vez entrevista con amor al través del espeso incienso y de las áureas gasas, muy lejos, en sitios inaccesibles así á nuestros ojos y á nuestras manos. Comenzaba la festividad por la víspera en punto de las doce de su noche. A esta hora crítica le llamábamos albada. No puede concebir ni comprender un artesano cómo á un campesino le duele traspasar hasta las doce, cuando suelen llevar por la costumbre de dos á tres horas del sueño bendito, consiguiente al trabajo forzoso y diario. Costábanos trabajo sumo estar de pies á hora tan tardía de suyo y tan ajena en último término á nuestros peculiares hábitos. Mas así que rompían las bandas varias de música en himnos, y tronaban los morteretes en salvas, y repicaban las campanas al vuelo, y henchían de voces regocijadas las gentes el aire, y una procesión de antorchas, parecida mucho á las retretas y pasacalles corrientes ahora en las ciudades europeas, interrumpía el silencio de la noche y lanzaba toda la población fuera y

lejos de sus hogares, corríamos nosotros al festejo y gozábamos de todas sus incidencias y de todo su conjunto con una intensidad tal de goces, que no podrá luego reproducirse jamás en todo el curso de la vida, embotada por los años la sensibilidad y extinta por el cálculo y por la experiencia nuestra entonces viva y creadora fantasía. ¡Cómo volaban á la vista nuestra, fascinada en aquel hipnotismo producido por indescifrables corrientes magnéticas, los cohetes de mil varias luces y colores en la serena inmensidad celestial, donde nos parecían inesperados cometas, como los anunciados por las epopeyas fantásticas para la edad en que llegase á entrar la creación dentro de armonías prometidas por pronósticos propicios y aguardadas en místicas esperanzas. Ya, desde aquel punto, hasta dos ó tres días después, no teníamos espacio ni tiempo sino para los más exaltados regocijos, en que solían mezclarse, cual aconteciera por los tiempos y los pueblos paganos, satisfacciones personales con una mística idealidad religiosa. Las calles, enramadas con salvia y romero, á gloria olientes; las fachadas, ceñidas todas con tarajes y adelfas, de las cuales pendían vistosísimos y aromados ramilletes; los balcones, vistosos con las colgaduras que pendían de cuantos huecos y puertas daban fuera; desde un tejado hasta el teja-

do frontero líneas de gallardetes multicolores; por las esquinas altares al aire libre consagrados por efigies que tornaban en templo los más profanos sitios; todos estos objetos múltiples disponían el ánimo y el espíritu á la procesión admirable, donde nos embargaban, sacándonos de nosotros mismos, las enseñas y los guiones de brocados que recamaban brillantes bordaduras, las cruces de plata esmaltadas con primor y seguidas de magníficos candelabros, las gentes del pueblo llevando cirios que lucían con inusitado brillo en el arrebolado anochecer, el coro exhalando cánticos de sacra liturgia sostenido por concertadas orquestas, la Virgen conducida en áureas andas con los ángeles en legión á sus plantas, el manto de tisú en los hombros, la corona y el nimbo de pedrería en la cabeza, bajo un palio deslumbrador, entre un clero vestido de arrogantes dalmáticas, realizada por nubes de humo que despiden los incensarios, y por cánticos que levantan voces suavísimas, ante un pueblo hincado de hinojos y extático en una contemplación arrobada é interminable. Seríamos por aquella sazón inocentes en demasía y contentadizos y optimistas; pero debemos decir con toda sencillez que, desde Natividad á Natividad, nutríamos las incesantes aspiraciones estéticas de nuestro espíritu con el recuerdo que nos había dejado la

Natividad anterior y con la esperanza de otra Natividad próxima, pues, aunque se repetían en todas las mismas fiestas y ceremonias, con ellas también se repetían en todas nuestras almas las mismas emociones.

Las historias eclesiásticas no aciertan á fijarnos cuándo se declaró fiesta mayor la Natividad santísima de María en 8 de Septiembre. Dicen los libros ortodoxos que místico innominado, muy absorto en sus contemplaciones, oía en 8 de Septiembre, todos los años, conciertos celestiales, donde instrumentos nunca oídos por orejas humanas unían sus acordes con voces angélicas, de todo lo cual resultaban himnos capaces de mover los corazones más fríos y embargar los ánimos más rebeldes. En sus antifonas, la Iglesia dice á María cómo su Natividad trajo regocijo al mundo, porque de su seno surgió el sol de justicia, Cristo nuestro Dios, quien, deshaciendo la maldición, debajo de la cual estábamos todos comprendidos, echó sus copiosas bendiciones sobre nosotros, y venciendo y matando la muerte, nos dió vida sempiterna. Y es natural semejante alegría, porque la Virgen de nuestra redención corresponde con la era de nuestra culpa, y al anunciarse la Inmaculada Concepción de aquélla, y al advenir la Santa Natividad suya, desenróscase la serpiente, que á Eva tentara,

del árbol de la vida y rueda inerte al abismo. El bien de la redención cristiana trasciende á los seres inanimados é inertes. Los gozosos albores del día en que penetra dentro de nuestra vida mortal, debía parecer de nueva y nunca vista luz, como nuncio de renovación profundísima, porque la triste y acerba levadura de mal se acababa en todo sér y nacía la esperanza de un triunfo definitivo del bien. Antes de tal suprema hora podían las almas imaginarse que al mal, triunfante allá en el Paraíso perdido, le tocaba decir la última palabra en la consumación de los siglos, á la hora de acabarse la tierra y extinguirse los soles entre los estremecimientos precursores del juicio final. Mas, en cuanto María llega, viene con su presencia en el universo la flor donde se halla contenido el bien, á cuya virtud corresponde la victoria definitiva en los grandes y porfiados combates contra el mal. Todos los profetas judíos á una, en sus apocalípticas visiones religiosas, no se habían sólo contentado con anunciar la ruina de aquellas Babilonias y Nínives, donde habitaba la tiranía; tras el anuncio de tamañas catástrofes difundían la siembra de consoladoras esperanzas resumidas en la tierna inmaculada Virgen, que debía quebrantar la serpiente y aplastarle bajo sus pies la cabeza. Y así, cuando la lengua de María se desata y la palabra suya se

anima, como luz pura, en el aire, lo primero que anuncia es la bendición universal consagrada por todos los siglos venideros á su nacimiento. Poco después de su muerte los Evangelios están escritos, y por todos ellos corre la esperanza, que se ha cumplido, contenida en esta sublime palabra: *Beata me dicent omnes generationes*. Y no solamente los Evangelios ortodoxos contienen esta esperanza; confirmanla también los Evangelios apócrifos, en los cuales entran á una, con fragmentos de noticias verídicas, mezclas de gnosticismo, de magia, de ideas sintéticas judeo-alejandrinas, de tantas y tantas enseñanzas como á la sazón pululaban por el mundo, agitado de sentimientos, pero henchido de grandes y luminosas ideas. En todos ellos, con mayor ó menor amplitud, predomina la idea de que María fué la vara milagrosa, como de una rosa mística, en la cual se hallaban las blancas azucenas que debían aromar los aires de nuestro planeta y las candidas palomas que debían traer en su pico el ramo de oliva reconciliatorio entre la tierra y el cielo. Convengamos en que sucede con esta parte del símbolo de nuestra fe algo de lo que sucede, y no se crea muy dispar la comparación con el resplandor de la mustia luna y el resplandor de nuestro almo sol. Cásase la retina mirando al sol frente á frente. Cásase la idea mirando á Dios

frente á frente. La luz demasiado viva quema nuestros ojos, como la idea demasiado sublime quema nuestro espíritu. Pero esa misma luz reflejada en el disco de la luna y venida por él á nuestra vista, como que se endulza y nos permite una tranquila y serena contemplación. Hay almas tiernas, hasta en los varones, á las cuales una comunicación espiritual con Dios les parece como superior á sus fuerzas espirituales y abrumadora para su voluntad y para su conciencia. El sér de todos los seres, absolutamente bueno, perfecto, sobrepaja de tal manera su pensamiento, que lo anonada y aniquila. Pero esa luna de más humilde disco, de resplandor más suave, nadando nacarada en el cielo azul, con su corona de astros medio borrados por su propia tibia luz, nos tamiza y cierne aquellos rayos de las ideas divinas demasiado abrasadoras para nuestra pobre inteligencia, y nos permite largas contemplaciones, en las cuales absorbemos tranquilos y contentos nuestro espíritu, sin esa desproporción entre nuestro sér y su sér, al fin y á la postre humano, como la que hay entre nosotros y el sér perfecto y absoluto á quien llamamos por modo inefable nuestro divino Criador. Podemos añadir á las letanias místicas otras muchas más de seguro, si quisiéramos expresar con fidelidad todo lo que María significa para los creyentes. En músi-

ca, la melodía; en estaciones, aquella de la florecencia universal; en afectos, lo dulce y tierno; en muestras de nuestra incansable actividad, el arte puro; en religión, la plegaria; en virtudes, la misericordia; todo esto representa de suyo María, y por ingenuamente representarlo, merece un culto fervoroso de los hombres y aun de los pueblos más varoniles, que buscan instintivamente aquello que los completa, y al completarlos, también los perfecciona. Decidme, ¿no creéis que á los fuertes aragoneses, en cuyos pechos ha encontrado la patria su fortaleza y en cuyos brazos sus mejores armas, les cuadra, como á ningún otro pueblo, ese culto á la mujer que se idealiza en el religioso culto á su Virgen tradicional é histórica?

Y con las angustias, que nos atenacean la vida, bien habemos todos menester de un consuelo ideal para fortalecernos el ánimo y sustentarnos en el mundo. A veces nos asomamos á mirar nuestro eterno destino y sólo vemos entre sombras la nada. Otras veces, al recorrer lo celeste llevados por las alas del pensamiento, nos encontramos con la materia por todas partes y sobre la materia infinita la fatalidad implacable. Nuestro espíritu inmenso choca y se hiere contra los estrechos límites que lo rodean, como el ave prisionera contra los hierros de su cárcel cuando quiere volar. Mundos y soles